

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



ARTÍCULOS GENERALES.

ALGO SOBRE MISANTROPIA.

JONATHAN Swift, aquel admirable y terrible mal-humorista, cuyos *Viajes de Gulliver* leen con fruición los niños y con provecho los viejos, escribía á Pope en 1725: "El fin principal que me propongo es molestar—*to vex*—al mundo más bien que divertirlo." Y es muy conocido aquel pasaje en que dice: "He odiado siempre todas las naciones, todas las fisiones y comunidades, y todo mi amor se vuelve á los individuos; por ejemplo, odio á la tribu de los abogados, pero quiero al notario Tal ó al juez Cual. Así con los médicos—no quiero hablar de mi propio oficio—soldados, ingleses, escoceses, franceses y los demás. Pero lo que principalmente odio y detesto es al animal llamado hombre, aunque amo cordialmente á Juan, Pedro, Tomás, etc."

Y de hecho probó con su conducta este terrible mal-humorista, Jonathan Swift, que sabía querer prácticamente, ayudándoles, á sus hermanos en humanidad. Al revés de otros que proclaman el amor á la humanidad ó al Hombre—así, en abstracto y con letra mayúscula—para mejor desentenderse de cada hombre—minúsculo—en particular, el deán Swift proclamaba su odio y desdén al género humano—un odio como el que Tácito atribuía á los cristianos—para mejor querer á cada uno de sus prójimos. Y con razón se ha dicho que preferiría cualquiera tener por amigo á Swift, el misántropo, más bien que á Rousseau, el filántropo.

Propendo á creer que el hombre normal y experimentado es misántropo á la manera de Swift, odia ó desprecia al hombre en general, reservándose querer y admirar hombres particulares. Lo que se prueba con la xenofobia, ú horror al extranjero, que es de todos los pueblos de los tiempos todos. El extranjero es siempre el bárbaro. Odiamos ó despreciamos al extranjero en general, aunque nos una un verdadero y leal afecto á este y aquel inglés, francés, alemán, italiano ó chino.

Misántropo fué, si es que los ha habido, aquel Nicolás Machiavelli—ó Maquiavelo—el secretario de Florencia, para quien el hombre era naturalmente malo, y que enseñó que el príncipe es necesario que sepa usar bien la bestia y el hombre que hay en él, pues si Aquiles fué dado á criar al centauro Quirón "no quiere decir otra cosa tener por preceptor uno medio bestia y medio hombre, sino que es menester que un príncipe sepa usar de una y de otra naturaleza, y sin la una no es duradera la otra." Y de este feroz misántropo Maquiavelo, dijo Varchi que era "en su conversación agradable, servicial para sus amigos, amigo de los hombres virtuosos y, en

una palabra, digno de haber recibido de la naturaleza ó menos genio ó mejor espíritu.”

Pero aún más fiero misántropo que Maquiavelo fue Gustavo Flaubert, pues si aquél sintió al hombre egoísta y malo, este otro le sintió tonto, y sufrió aquella terrible enfermedad de que en *Bouvard et Pécuchet* nos habla cuando nos dice que se desarrolló en el espíritu de estos dos desgraciados la lamentable facultad de ver la tontería—*la bêtise*—y no poder soportarla. ¡Y qué abnegado y fiel amigo, qué leal consejero, qué modelo de hijo, de hermano y de tío no fué Flaubert !

En cambio, una de las formas más sutiles que suele tomar el verdadero aborrecimiento del hombre al hombre es el amor á los animales irracionales. El que se enamora de su perro es por odio á sus semejantes. Lord Byron, un verdadero misántropo en concreto, uno que despreció á cada uno de sus prójimos, adoraba en su perro. Y es que el perro no habría de hacerle competencia; no pretendía ser poeta, no escribía.

El amor á los animales, tan desarrollado en artistas y literatos, proviene, en efecto, de que los animales no hieren nuestra vanidad ni excitan nuestra envidia.

Hallándome una vez almorzando en el Palo, en Málaga, había allí cerca un magnífico burro sacando agua de una noria, y un señorito vanidoso, pagado de su fuerza física, aseguró que con un solo brazo haría parar al burro. Lo cojió, en efecto, del ronzal y lo paró, sin que el burro re-i-tiera la parada, á pesar de que le hostigaban á ello. A lo que uno de los circunstantes observó con profunda filosofía: “ ¡bah! es que el burro no tiene amor propio.” Y por eso suele quererseles á los burros, porque no hieren nuestro amor propio con el suyo.

Y en este cariño de artistas y literatos y filósofos — gente toda vanidosa y de un amor propio hipertrofiado — á los animales entra también el animal hombre, ó sea el hombre en cuanto animal. El confidente de un gran artista, ó de un gran poeta, ó de un gran filósofo, suele ser, con lamentable frecuencia, algún hombre burro, libre de amor propio, y sobre todo de envidia. Lo que no quita que estos hombres así sean serviciales — tan serviciales como el burro — y tan provechosos como él.

Aquel caballero Santiago Boswell — James Boswell, Esq. — que siguiendo á todas partes al corpulento Samuel Johnson, y anotando sus dichos y hechos — si bien sus hechos tampoco pasaban de dichos — nos dejó en “*La vida de Samuel Johnson*,” un libro muchísimo más interesante y duradero que cuantos Johnson mismo escribió. ¿Qué era el tal Boswell sino una especie de burro de su biografiado? Jamás el cariño y la admiración de un hombre para con otro ha llevado á cabo milagro literario tal.



Carlyle nos ha dejado unas admirables páginas sobre Boswell, y de cómo este hombre vano, inconstante, charlatán, llegó á hacer una obra admirable y duradera precisamente porque supo querer y admirar á hombres concretos ó individuales. "Tenía— dice Carlyle — un corazón abierto. que le tienen pocos; donde existía alguna excelencia veíase forzado á reconocerla, arrastrado hacia ella, y no podía sino pasear á su lado, si no como superior ó siquiera igual, por lo menos como inferior y lacayo antes que nada." Y este amor de lo excelente tuvo que vencer su naturaleza y su mala educación. Se burlaron de él y de su johnsonismo. Pero fué su culto al héroe — y es este *hero-worship* lo que Carlyle celebra en Boswell — lo que le permitió escribir su *Johnsoniada*, "la más libre, perfecta, soleada y espirituosa semejanza que de hombre á hombre se ha trazado en varios siglos," añade Carlyle. El cual agrega en su manera hiperbólica: "Apenas si desde los días de Homero se ha igualado tal hazaña. Es también, en más de un respecto, un poema heróico. La Odisea propia de nuestra edad inheróica había que escribirla, no cantarla, y la de un pensador, no la de un libertador, y, á falta de Homero, por la primera alma abierta que se ofreciese, vista al través de los órganos de un Boswell." Y acaba Carlyle diciendo que el gran talento intelectual de Boswell era inconciente. "Vemos aquí una vez más confirmado — concluye — aquel viejo adagio: el corazón ve más lejos que la cabeza."

Y así es. Boswell, naturaleza admirativa, canina, carecía, como el burro de Málaga, de amor propio. En vez de amor propio, tenía amor al prójimo, admiración





y cariño al hombre concreto. Y así salvó de la muerte, del olvido, á Johnson, á quien sin él no le conocerían hoy sino cuatro eruditos — y esto es acaso peor que ser desconocido y olvidado del todo — y al salvar á Johnson del olvido, se salvó con él. Porque no se concibe ya al gran lexicógrafo sin su perro humano.

“La vida de Samuel Johnson,” que escribió con canina fidelidad Boswell, figura en opinión de muchos — no en la mía — á la cabeza de todas las biografías que posee la literatura inglesa, que es acaso la más rica en excelentes. Parece, en efecto, á juzgar por su literatura, que no hay país alguno en que el hombre concreto, real, individual, el anecdótico, no el categórico, interese más que en Inglaterra. En ningún país moderno se publican tantas y tan buenas biografías, auto-biografías y epistolarios. ¿Dónde hay, v. gr., epistolarios como las colecciones de cartas de Guillermo Cowper, el pobre poeta loco, ó las de Roberto Luis Stevenson?

Y viniendo ahora á nuestra España, ¿cómo es que aquí, donde no puede decirse que falten en absoluto burros sin amor propio, hay una tan desoladora carencia de tales trabajos? ¿De cuál de nuestros héroes del pensamiento ó de la acción — artistas, escritores, políticos, guerrilleros . . . — en el pasado siglo tenemos una pasable biografía? Y si esto no es misantropía, pero de la concreta, ¡venga Dios y véalo!

Sobre ninguno de nuestros hombres del siglo XIX, ni de Quintana, ni de Zorrilla, ni de Espronceda, ni de Rosales, ni de Fortuny, ni de los actores de aquellas nuestras guerras civiles — y los hay de un relieve épico, tales Cabrera, Zumalacárregui, Espartero mismo — ni de nuestros políticos y los que hicieron la Revolución de Septiembre, ni de nuestros grandes toreros siquiera — y Frascuelo y Lagartijo, cuando yo era mozo estudiante, llenaban con sus nombres España, al igual de Cánovas y Sagasta — sobre ninguno hay nada que se pueda leer. ¿Eran inferiores á Johnson? No. Para superar á Johnson no hace falta mucho. Lo que nos ha faltado son Boswells.

Es que aquí acaso abunda más aún que el burro sencillo, sin amor propio, que no quiere dejar mal á un señorito jactancioso, como el de Málaga, el otro burro, el que tiene amor propio, ó mejor dicho, envidia, y que por amor propio da ceces y no rebuzna, cuando, si fuese de un corazón tan abierto como el de Boswell, rebuznaría. Y su rebuzno resultaría, por milagro del amor, melodiosa música.

MIGUEL DE UNAMUNO.

SALAMANCA, Agosto de 1912.